

La conservación del patrimonio arquitectónico y urbano virreinal en el norte del Perú

*Luis de Villanueva Domínguez y
Fernando Vela Cossío*

La costa norte constituye una de las regiones menos conocidas del Perú. La sección más septentrional de la misma, a partir del río de la Leche, coincide con el ensanchamiento de la franja costera oceánica, que se hace también más llana y desértica. En esta franja se extiende el desierto de Sechura que, con una superficie de unos 3.000 kilómetros cuadrados, constituye uno de los parajes naturales más impresionantes que se puedan recorrer camino del Ecuador. Los ríos Piura y Chira constituyen las cuencas hidrográficas más destacables del norte peruano. El primero nace en Huarmaca, a unos 3.000 m de altitud, y desciende bordeando el desierto hasta que quiebra con dirección Sur adentrándose en él. Durante su trayecto hasta la desembocadura en el Océano Pacífico forma una cuenca de más de 5.000 kilómetros cuadrados. En sus orillas se desarrolla una vegetación subtropical muy frondosa y es posible el cultivo del algodón, de la caña brava y de muy numerosas especies de frutales, pero conforme nos alejamos de los ríos y las quebradas esta frondosidad desaparece, dando paso al algarrobo y al zapote, que constituyen la única vegetación posible en el desierto.

Las ciudades históricas más importantes de esta parte del país se disponen a lo largo de los más de seiscientos kilómetros de costa que separan Trujillo de Tumbes, en la frontera ecuatoriana. A excepción de Trujillo, de cuyo conjunto histórico urbano bien puede decirse que ocupa un lugar de privilegio por su estado de conservación, el patrimonio construido de las viejas ciudades coloniales del norte peruano permanece en el más triste de los olvidos y, por desgracia, en un estado de total abandono que convendría corregir.

La conservación del patrimonio urbano colonial: arquitectura de la ciudad española virreinal

Aunque todas las ciudades norteñas conservan una buena parte de la traza virreinal y es posible reconocer la métrica española en las calles y plazas de Lambayeque, Saña, Guadalupe o Piura, las transformaciones del entramado urbano han sido muy abundantes, y aún inevitables, en esta tierra de terremotos y desastres naturales. No es fácil encontrar en el norte peruano conjuntos virreinales bien conservados y precisamente por ello, de cuantos conjuntos urbanos coloniales pueden visitarse, el de mayor trascendencia histórica lo constituye, sin duda alguna, la antigua ciudad de San Miguel, en el caserío de Piura la Vieja (La Matanza).

Esta ciudad de San Miguel es sucesora de un primer emplazamiento, fundado en 1532 y conocido como San Miguel de Tangarará o Tangaraván. Bautizado por Pizarro como San Miguel y completado con el nombre de la población india más cercana, sirvió de base de operaciones a los españoles hasta finales de 1534, fecha en la cual se produce el traslado a la zona del Monte de los Padres, unos cincuenta kilómetros al Este de la Piura actual, convirtiéndose entre 1535 y 1570 en un núcleo de gran importancia sobre el que se llevó a cabo una planificación urbana completa.

La fundación de las ciudades españolas en territorio americano estaba, como sabemos, perfectamente prevista por la Corona, que había reglamentado los aspectos jurídicos y urbanísticos de los emplazamientos. Éstos sólo podían llevarse a cabo bajo mando autorizado. Por ello, Demetrio Ramos Pérez coincide con Perroud (1930) al afirmar que el *Acta de Fundación* de San Miguel de Tangarará no se ha encontrado porque la ciudad nunca llegó a existir y explica la fundación solo como un asiento establecido para adelantarse a las maniobras de otros conquistadores como Pedro de Alvarado. La carencia completa de datos fiables respecto a esta primera fundación de Piura hace pensar, en el mejor de los casos, que tuvo una efímera existencia¹. Lo que es seguro, sin embargo, es que a

¹ Existe, entre algunos historiadores, la tesis de que esta primera fundación se encontraría en las proximidades de Colán, donde se conserva una iglesia que, por tradición, se considera la más antigua del Perú. El templo de San Lucas, al que después nos vamos a referir, se encuentra en un promontorio cercano a Payta hasta el que llegaba el océano Pacífico hace quinientos años.

finales de 1534 los españoles se encontraban ya establecidos junto al Monte de los Padres, hoy Piura la Vieja, disponiéndose la ciudad en el curso alto del río Piura –que en lengua tallán significa el granero– muy próxima o sobre uno de los tambos que jalonaban el camino inca que unía Tumbes con el Cuzco en el que se habría alojado Francisco Pizarro en dos ocasiones. Este lugar constituye, a la postre, el asentamiento más primitivo de cuantos se conocen de esta ciudad española, primera en el Perú y en el hemisferio meridional.

El conjunto urbano de San Miguel de Piura tuvo Iglesia Matriz, Convento de Mercedarios y Casas del Cabildo, alcanzando hacia mediados del XVI un centenar de vecinos, de los que 23 eran encomenderos, cifra muy considerable si tenemos en cuenta que Trujillo tenía por entonces el mismo número y la ciudad de los Reyes, Lima, contaba con unos 30. La ciudad serviría de base en las décadas centrales del siglo XVI a las expediciones castellanas que exploraron las comarcas meridionales del Ecuador y los ríos Marañón y Amazonas, y hasta la construcción del puerto de El Callao Piura fue paso obligado de las expediciones que desembarcaban en los puertos norteños de Tumbes y de Payta.

Para los estudiosos que han trabajado sobre la ciudad de Piura la Vieja la descripción que de ella hiciera Juan Salinas de Loyola después de 1570 se ha convertido en un punto de referencia inapreciable por sus alusiones a la fisonomía y composición de la ciudad: «la plaza en medio y della salen ocho calles, y por ellas cuadras de solares de a ciento ochenta pies cada un solar en cuadra, y cada cuadra tiene cuatro solares; las calles de ancho a treinta pies, y por ser el pueblo pequeño, lo son también las calles, y no con los nombres que acá se acostumbran (...) Podrá haber hasta cient casas, pocas más o menos, y los materiales con que están edificadas son, los cimientos de piedra, y lo demás de adobes y tapias, y cal, y ladrillo, y las cobijas de paja, como llueve poco; y que antes van en disminución que no en acrecentamiento, por las causas que tiene dichas, aunque los edificios se mejoran».

La dureza del clima, la persistencia de una enfermedad de la vista a la que distintas fuentes se refieren como «mal de ojos» y las lluvias torrenciales, que literalmente desintegraban las partes más descubiertas de las casas, obligarían a sus habitantes a abandonarla. Con una población cada vez más menguada se fue cobrando conciencia de la necesidad del traslado, y a principios de la década de 1580 ya se había erigido provisionalmente un tercer emplazamiento, el de San Francis-

co de Buena Esperanza de Payta, trasladándose definitivamente al lugar que hoy ocupa, en el chilcal de Tacalá, en 1588².

Además de la descripción de la ciudad de San Miguel por Salinas de Loyola, existe otra, de Agustín de Zárate, en la que se hacen una serie de comentarios de gran interés: «En toda la largura de los llanos ay poblados de christianos cinco ciudades. La primera se llama Puerto Viejo, que está muy cerca de la línea equinoccial; ésta tiene pocos vezinos porque es tierra pobre y enferma, aunque ay algunas esmeraldas (como arriba está dicho). Cincuenta leguas más arriba, quinze leguas la tierra adentro, está otra ciudad, que se llama Sant Miguel, y en lengua de los indios se llamaua Piura, lugar fresco y bien proueydo, aunque sin minas de oro ni de plata. Allí ay vna enfermedad natural de la tierra que da en los ojos a los más que por allí passan». Se refiere así a la extraña epidemia que dejaba ciegos a los habitantes de la ciudad y que, al paso del tiempo, se convertiría en una de las razones de su temprano abandono.

Los españoles comenzaron a aplicar precisamente en San Miguel de Piura los tres métodos básicos de evangelización: la extirpación de idolatrías, el estudio de las lenguas nativa y la catequización. En Piura encontraron el problema de la diversidad étnica y lingüística que acarreaba su posición de enclave entre sierras, desiertos, costas y selvas; los repartimientos y encomiendas se distribuyeron rápidamente (ya Pizarro se había comprometido a ello ante sus hombres), pero el desorden, las guerras civiles y la explotación redujeron drásticamente la población de indios tallanes. El clima de abusos y falta de acuerdo entre los españoles forzó a la corona a crear el Virreinato de Perú amparado en las Leyes Nuevas de las Indias; en marzo de 1543 se designó al capitán Blasco Núñez de Vela primer Virrey del Perú; éste llegó a extremar de tal modo el cumplimiento de las nuevas leyes que desató otra guerra civil. Sin éxito en Tumbes, se dirigió a San Miguel y allí, en mayo de 1544, en la Sala de Audiencias renovó un acuerdo con los curacas para conservar sus privilegios, aunque los encomenderos no tardaron en romperlo, enfrentándose de nuevo a la Corona. El virrey Toledo se encontró con una ciudad floreciente, en la que estaban instruyéndose cuarenta niños, según carta al Emperador de 10 de marzo de 1545, y en la que los españoles contaban con la existencia de varias ermitas y del ya mencionado monasterio de mercedarios

² *Acaba de publicarse un trabajo relativo a la recuperación del patrimonio arquitectónico y urbano de la actual Piura del Chilcal, coordinado por L. VILLACORTA (2004).*